

Sus blancos vellones verá mudarse el carnero,
Y el sándix, de suyo dará ropaje al cabrito.
"Tales corred ¡oh siglos!"—por alto numen dijeron,
Mirando a los husos, y en voz concorde, las Parcas.

El tiempo ya llega : honores singulares recíbe,
¡Cara prole divina, de Jove alumno preclaro!
Rodar vacilante mira la esfera del mundo,
Y tierras, y mole de mares, y el cielo profundo ;
Mira cuál todo se alegra ante el siglo felice.

¡Oh! si yo hasta entonces vida tuviera, y aliento
Tal que a celebrarte con digno canto bastara !
Si Lino entonces u Orfeo conmigo alternasen,
Yo a entrambos venciera, de excelsa ayuda asistidos,
Este de Calíope y aquél del fúlgido Apolo.
Si Pan compitiera conmigo, siendo árbitro Arcadia,
Yo a Pan, siendo el árbitro Arcadia, también vencería.

Sonríe ya, ¡oh niño! con tierna risa a tu madre :
Esa, a quien pusieron diez meses larga congoja.
Sonríe ya, ¡niño!: a quien su madre no ríe,
Ni a la mesa dioses le admiten, ni al tálamo diosas.

1887

JOSÉ JOAQUÍN CASAS

JOSÉ RAFAEL ANGULO

En la ciudad de Santamarta, que había sido su cuna,
acaba de morir este amigo y compañero y camarada y
hermano.

Un día el que estas líneas escribe, recién salido del
oscuro rincón de su provincia, llegó a la capital del
Magdalena a continuar sus estudios en el Liceo Cele-
dón, donde, entre otros muchos jóvenes, cursaba con
grande éxito algunas asignaturas del bachillerato JOSÉ
RAFAEL ANGULO ; y verlo el forastero, hablarle, que-
rerlo, unirse a él con fuerte vínculo, todo fue úno. Lo

propio le acontecía a JOSÉ RAFAEL con las más excén-
tricas personas : era imposible resistir a la simpática
atracción del caballerito, correcto en el porte, desenfa-
dado en la conversación, franco en el trato, familiar en
los modales, impecable en el vestir, donoso y pulcro
en el mínimo acto de su vida.

Pronto hube de separarme de mi amigo para ascen-
der hasta esta metrópoli de la república ; mas por breve
espacio. El me siguió a los pocos meses. Hallóme en el
Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde
al igual que yo se matriculó de convictor. Al amparo
del *Alma mater* se acercaron más nuestras voluntades,
se estrecharon más nuestros afectos y se encendió más
y más nuestro cariño.

El recreo, el minuto que robábamos a la tarea coti-
diana, los aprovechábamos en contarnos detalle tras
detalle la historia deshilvanada del tiempo vivido. Nin-
gún secreto disimulado, ninguna reserva que no fuese
al punto esclarecida, ninguna interrogación concebida
de antemano, ninguna respuesta meditada : todo era ri-
sueño, espontáneo, inocente y hasta indiscreto. De vez
en vez rememorábamos a nuestro modo las glorias le-
gendarias del claustro ; dignificábamos al egregio fun-
dador ; Caldas, Camilo Torres, Girardot, Hermógenes
Maza, Torices, Joaquín Camacho, todos desfilaban al
través de nuestro pensamiento, agigantados por la ve-
neración y la victoria ; sin que olvidáramos a la virgen
buena, la adorable *Bordadita*, y prometiéramos, para
cumplirla, una comunión ante sus pies el próximo do-
mingo.

¡Cuánta ilusión hecha jirones, cuántos propósitos de
potencialidad excelsa malogrados en el cerebro de
aquel joven gallardo, cuánta tristeza en derredor de la
memoria del amigo que fue todo alegría !

¿Quién hubiera podido decir entonces, cuando mirá-
bamos en la brumosa estepa del porvenir caravanas de
ideales que iban y venían atropelladas en joviales ca-
mellos meditabundos, que parecían detenerse en el

oasis encantado de la vida para apurar sus aguas fortalecientes y proseguir la marcha, que la cabalgadura de mi compañero, alucinada por la visión de la muerte, habría pronto de hacer alto ante el abismo de la eternidad?

Mi amigo no fue conocido en el mundo de las buenas letras, porque jamás quiso vencer a aquel su temor cándido mezclado de modestia, para presentarse al público a exhibir sus no comunes prendas literarias y científicas. Pero sus amigos sí sabíamos hasta dónde era capaz de remontarse aquella imaginación, que así ostentaba el intenso colorido de las rosas ribereñas como la tersura y limpidez del cielo samario; así las poéticas irisaciones de la ola como la policromía de los espléndidos atardeceres de la tierra nativa. No era sino recordarle los días queridos de la primera edad, la madre muerta, la ausencia de la novia, ilusiones desvanecidas, irrealizadas esperanzas, sueños frustrados, íntimos afectos, proyectos futuros, para que aquella alma blanca, cual una lira de marfil, brindase sonoridades líricas, llenas de animación y de entusiasmo, enardecidas y vivas como la naturaleza de los trópicos, suaves y puras como una estrofa romántica.

Ha muerto mi condiscípulo al ponerle cima a su carrera profesional, el derecho, para el cual su vocación era eminente. Sus catedráticos y compañeros sabemos bien que el talento del joven ANGULO abría sus alas al divino sol de la ciencia, con la facilidad con que la inquieta mariposa abre las suyas al resplandor inicial del sol naciente.

Profesó él que el principio de la sabiduría es el temor de Dios, y que es desacreditado argumento el no creer en nada para saberlo todo; y por eso sus investigaciones filosóficas las encaminó por el sendero de la fe, y amó la religión de sus mayores para tener la gloria de morir entre los brazos misericordiosos de la cruz.

Hermano mío: cuántas cosas había para decirte que no pudieron llegarte por impedirlo la distancia; pero

que te contaré más luégo... Entre tanto, quedo bordándote una corona de recuerdos que mojaré siempre con las lágrimas de la amistad y el cariño.

JOSÉ MANUEL MANJARRÉS

Bogotá, 9 de septiembre de 1914.

FLOR DE LOS ANDES

(YANA CONAS)

(Al Hermano Urbano como un recuerdo de mis días de colegio)

¡ Rosa silvestre y única, concreción de pureza,
Nacida allá en las cumbres donde vive el condor,
Te añoro en mis ensueños de nostalgia y tristeza,
Y eres reina y señora de mi huerto interior !

Nadie llegó a tu lado sin que tu seno amigo
Le brindara tesoros de perfumes y miel.
¡ Feliz quien gozar logre de tu fragante abrigo !
¡ Feliz quien vivir pueda bajo tu sombra fiel !

Cuando la aurora te abre sus cofres de rocío
Semejas una novia con el traje nupcial ;
La orquesta de los árboles, no el fácil canto mío,
Preludia en torno tuyo una diana triunfal.

Nada hay en todo el Ande que tu belleza iguale,
Porque Dios con su mano celestial te plantó
Do no hay miasma que llegue, ni tormenta que tale,
Donde nunca el impuro su sandalia dejó.

CIRO MOLINA GARCÉS



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico